



NUM. 19. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 6 DE MAYO DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



El lunes de la semana que hoy concluye llegó á Aranjuez el duque de Tetuan; el martes se reunió el Consejo de ministros y en él se decidió que continuase el gabinete tal como está constituido, que se convocaran las Cortes y que se amnistiasen á don Carlos y á los carlistas: el miércoles se publicó en los periódicos la renuncia del susodicho don

Carlos á los derechos que cree tener, y aparecieron en la *Gaceta* los decretos de convocatoria y de amnistia; el jueves los presos por la última tentativa absolutista fueron puestos en libertad, llegó el general Prim á Madrid y fue nombrado director de ingenieros; el viernes le siguieron visitando sus amigos y la prensa continuó examinando los decretos del miércoles, y el sábado volvieron por ahora las cosas al estado que antes tenían.

El duque de Tetuan fue saludado en todo su tránsito por una población ansiosa de felicitarle por sus victorias. En la estacion de Aranjuez le esperaba un coche de palacio con el conde de Balazote enviado por la reina y el general Lemery comisionado por el rey, entre cuyos dos funcionarios fue conducido á la real cámara. Allí permaneció media hora, despues de la cual se retiró al alojamiento que se le tenia preparado, donde saludó á sus amigos, á los ministros y á sus allegados y se recogió á descansar.

Ya hemos dicho lo que pasó en el Consejo al dia siguiente. Habíase asegurado que varios de los ministros, y especialmente uno de ellos, llevaban preparada su dimision; pero ó no la presentaron ó la retiraron despues. Lo cierto es que se acordó unánimemente que el ministerio se presentase íntegro á las Cortes y que estas fuesen convocadas para el 25 del corriente mayo. No se ha-

bló de si ha de haber discurso de la corona, ni por consiguiente de lo que en él se ha de decir. La amnistia tuvo tambien en su favor la unanimidad ministerial, y en cuanto á la renuncia de don Carlos de Borbon los partidarios de la fusion dinástica, ó sea de la reconciliacion de la familia real española, la han acogido como un documento de altísima importancia. Por si entre los lectores del *MUSEO* hay algunos á quienes interese, ahí va la dicha renuncia tal como la ha tomado de memoria y mientras iba de paseo el corresponsal de un periódico amigo del ministerio:

«Yo, don Carlos Luis de Borbon y de Braganza, conde de Montemolin, digo y á la faz del mundo pública y solemnemente declaro: que íntimamente persuadido por la ineficacia de las diferentes tentativas que se han hecho en pró de los derechos que creo tener á la sucesion de la corona de España, y deseando que por mi parte ni invocando mi nombre vuelva á turbarse la paz, la tranquilidad y el sosiego de mi patria, cuya felicidad anhelo, de *motu proprio* y con la mas libre y espontánea voluntad, para que nada obste la reclusion en que me hallo, renuncio solemnemente ahora y para siempre á los enunciados derechos; protestando que este sacrificio que hago en aras de mi patria, es efecto de la conviccion que he adquirido en la última fracasada tentativa de que los esfuerzos que en mi pró se hagan, ocasionarán siempre una guerra civil que quiero evitar á costa de cualquier sacrificio.

Por tanto empeño mi palabra de honor de no volver jamás á consentir que se levante en España ni en sus dominios mi bandera, y declaro que si por desgracia hubiere en lo sucesivo quien invoque mi nombre para este fin, lo tendré por enemigo de mi honra y fama. Declaro asimismo que al instante que llegue á gozar de plena libertad, renovaré esta voluntaria renuncia, para que en ningun tiempo pueda ponerse en duda la espontaneidad en que la formulo. ¡Que la dicha y la felicidad de mi patria sea el galardón de este sacrificio! Dado en Tortosa á 23 de abril de 1860. —Firmado, Carlos Luis de Borbon y de Braganza.»

El decreto de amnistia publicado el miércoles tenia una limitacion respecto de estos señores don Carlos Luis y don Fernando de Borbon y de Braganza, no permitiéndoles residir en territorio español. En su consecuencia, en el mismo dia se puso á su disposicion un buque del Estado con el encargo de trasladarlos al puerto extranjero que eligiesen. No sabemos aun el que habrán elegido.

El general Lamoriciere encargado de organizar el ejército del Papa tiene ya reunidos en Roma unos veinte mil hombres de todas naciones. Para sostener este ejército afluyen á la capital de los Estados pontificios cuantiosos fondos procedentes de las suscripciones que en los diversos países católicos promueven los obispos, principalmente entre el clero. En algunas naciones se cercena una parte de lo destinado para gastos del culto, y se envia tambien á Roma. Entre tanto Victor Manuel recorre sus nuevos Estados y últimamente ha entrado en Bolonia, donde ha tenido una entusiasta acogida, en especial por parte de los eclesiásticos. Las noticias de Sicilia siguen siendo contradictorias.

La funcion patriótica religiosa del 2 de mayo se ha celebrado este año con la solemnidad que en los anteriores; pero ha estado realzada con la presencia de algunos de los cuerpos que han hecho la campaña de Africa. Ya están en la península casi todos los que debian volver á ella; y solo quedan en Ceuta y Tetuan veinte y seis batallones con su correspondiente dotacion de caballería, artillería é ingenieros. De estos veinte y seis batallones, seis guarnecerán el Serrallo y terrenos últimamente adjudicados á España por el tratado de paz, y los otros veinte continuarán en Tetuan y sus fuertes hasta el pago de la indemnizacion de guerra. Segun el tratado, los moros pagarán los 400.000.000 desde el mes de junio al de diciembre. Avisos de Tánger recibidos por conducto inglés dicen que los marroquíes tienen ya dispuestos y encajonados en Fez 5.000.000 de duros para enviarlos por acá. Buena falta nos hace á los pobres este piquillo.

Pero hablando de otra cosa ¿qué maldicion ha caido sobre los teatros este año? Hasta el *Príncipe* ha pasado á mejor vida, no obstante que se veia favorecido frecuentemente por el público. Hoy solo actua la Zarzuela y si alguna vez se anuncia funcion en algun otro teatro, es puramente de circunstancias. El actor Catalina ha publicado un comunicado en los periódicos echando la culpa de la *clóture* del *Príncipe* á la empresa. La verdad es que el público se queda sin funciones de declamacion, y nosotros creemos que una gran parte de culpa está en los mas aplaudidos actores, incluyendo en este nombre tambien las actrices: primero porque no se han avenido entre sí para formar una compañía buena en todas sus partes, como debieran haberlo hecho; segundo porque las pretensiones de sueldos exorbitantes que de algun tiempo á esta parte tienen las eminencias teatrales no están al nivel ni de los recursos de las empresas ni de la situacion del público que ha de sufragar en último resultado los gastos.

Se ha formado una sociedad para establecer así como quien no dice nada, una lengua universal, y se ha publicado una lista de nombres, muy respetables por cierto, que son presentados como fundadores de esta academia, la cual dará á luz, según parece, la gramática de esa lengua universal, el diccionario y un periódico. La *Gaceta* que todo lo aplaude, ha aplaudido y aun ha dicho que la empresa es posible y hasta fácil, que la España tendrá la gloria de haber sido autora de este grandioso pensamiento, etc., etc.

No negamos que sea posible, hablando en absoluto, el establecimiento de un idioma universal: creemos que puede llegar un tiempo en que estrechadas las relaciones y facilitadas las comunicaciones hasta un punto hoy increíble entre todo el género humano y extendidos los conocimientos, las lenguas actuales después de haberse ido cambiando con el contacto y el choque mútuo, vengán á fundirse en una sola, cuando la humanidad así como forma una sola especie se haya fundido en una sola familia, con una sola legislación y una aspiración común. Pero este será un resultado natural de la unidad de las legislaciones, costumbres y razas en todo el globo y por consiguiente un resultado que solo el transcurso de los siglos, y de muchos siglos de civilización, puede traer. Negamos que un proyecto semejante sea posible á un número determinado de hombres cualesquiera que ellos sean y mucho más que lo sea hoy en el estado de civilización que alcanzamos.

La lengua es instrumento dado á los hombres, pero no es obra suya: tomemos por ejemplo, el idioma español: ¿de dónde proviene mas inmediatamente? Del latín. ¿Dónde está la academia de sabios que transformó el latín en romance y este en el actual castellano? El actual castellano como todas las lenguas actuales se ha formado y derivado por reglas especiales que rigen el desenvolvimiento de los idiomas, los cuales tienen sus períodos de vida embrionaria, de crecimiento, desarrollo, corrupción y transformación como todos los seres, sin que sea dado á hombres determinados dictar leyes que apresuren ni retarden ni modifiquen en lo mas pequeño este movimiento. Las gramáticas no son el conjunto de reglas establecidas á priori para una lengua; son el conjunto de reglas que el que ha hecho estudio especial de esa lengua ha observado en ella; y según ese estudio ha sido mas ó menos profundo, así las ha podido disponer mas ó menos sabiamente; pero ellas existían antes y regían antes el idioma.

Una gramática á priori para un idioma nuevo será una obra muy meritoria y de mucho ingenio; pero de ninguna utilidad. ¿Cómo se va á establecer ese idioma, que hoy no habla nadie y que naturalmente necesitará algún estudio, sobre miles y miles de pueblos que sin estudio hablan cada uno el propio y están bien hallados con él y no comprenden la necesidad de variarlo y menos la de molestarse para ello?

Aun suponiendo que los señores académicos que tienen el pensamiento de establecer una lengua universal sepan la lengua que quieren establecer y publiquen en ella el periódico, ¿qué van á hacer para que les entiendan los profanos? Tienen que regalar á cada habitante del globo su gramática, su diccionario y su periódico, y además tienen que obligarle á estudiar en ellos: aun así, todavía no podrán obligarle á expresarse siempre en ese idioma con preferencia al suyo. En España, para no citar sino ejemplos caseros, se obliga á estudiar el castellano en todas las escuelas de Cataluña, Valencia, las Vascongadas y Galicia: sin embargo, los naturales de estas provincias, aun sabiendo el castellano, hablan entre sí en su lengua nativa, sin que hasta ahora hayan podido fundirse ni el vasconco, ni el gallego, ni el lemosin en el verdaderamente español.

De que una cosa pueda, y si se quiere hasta deba suceder con el tiempo, no se sigue que sea posible á los hombres producirla, y mucho menos producirla en el momento que quieran. La unidad del idioma tiene sus condiciones esenciales: ahora bien, una de esas condiciones esenciales es que no ha de realizarse por ninguna reunión de sabios. El idioma tiene un origen mas alto: viene en primer lugar del Criador que ha dado al hombre sus leyes íntimas y sus elementos primitivos, y viene después del pueblo, de todo el pueblo tomado en conjunto, como ser complejo, que ha modificado sus formas, según las necesidades y las sensaciones que ha experimentado, su situación, sus vicisitudes, etc. ¿Qué tienen que ver en esto las academias ni las reuniones científicas?

Creemos haber dicho lo bastante sobre este objeto, y añadiremos para concluir que no tratamos de rebajar el mérito especial intrínseco que como obra de arte y como muestra de estudio pueda tener la teoría inventada para el proyecto de que se trata, aunque la creemos de ningún resultado práctico.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

EL MARQUES DE LA ENSENADA.

En las actuales circunstancias en que con patriótico celo tanto se ha hablado y aun se habla del engrandeci-

miento y fomento de nuestra marina de guerra, y cuando muchos escritores distinguidos se han apresurado á tomar la pluma para ilustrar la cuestión, creemos oportuno dar á conocer la vida de uno de los hombres que en España mas hizo por su país en general pero muy particularmente por la marina de guerra.

Don Zenon de Somodevilla y Bengoechea nació en Hervias, pueblo de la Rioja, el 25 de abril de 1702. Niño aun fué á Cádiz, donde sus padres le colocaron de dependiente en una casa de comercio. Relacionado allí con las principales personas de la población, consiguió que el célebre ministro Patiño lo llevase consigo á Madrid de oficial supernumerario del ministerio de Marina. Por su buen comportamiento y con la protección de Patiño fue ascendiendo de grado en grado en su carrera hasta llegar á ser en el año 1730 contador principal del departamento de Cartagena que entonces se acababa de crear. No llegó á tomar posesión de este destino porque, conocidas como eran ya sus excelentes dotes, fue nombrado ministro de la escuadra que se formó en aquel tiempo para la reconquista de Oran tan felizmente conseguida por el duque de Montemar en el año 1732. Por los servicios que prestó en este puesto fue nombrado comisario ordenador de marina; pasó luego al ejército que España tenía entonces en Italia con objeto de recobrar la Lombardía, y á los servicios que allí prestó debió el título de marqués de la Ensenada.

De vuelta de Italia se le confió en el año de 1737 la secretaría del almirantazgo, en cuyo puesto ya empezó la marina de guerra á sentir los efectos del entusiasmo que siempre mostró por ella el marqués de la Ensenada. En esta época reformó y arregló los diferentes cuerpos de la armada, dictando igualmente la cédula de matrículas de mar, la ordenanza general de arsenales y otros trabajos tan útiles como importantes, y que fueron como el prólogo de los que en mayor escala habia de llevar á cabo mas tarde cuando tuviese mas amplias facultades. Como se veía que á medida que era de mayor importancia el puesto que se confiaba á Somodevilla este lo desempeñaba mejor, el infante don Felipe se lo llevó de secretario de Estado y Guerra cuando tuvo que marchar á Italia con motivo de haberse encendido de nuevo la guerra con el Austria, bastándonos decir para prueba del modo con que desempeñó destino de tanto rango y de tanta confianza que en el año 1743 le nombró el rey Felipe V su ministro de Estado, Guerra, Marina, Indias y Hacienda.

Seríamos en extremo difusos si hubiésemos de relatar aquí todos los grandes bienes que reportó á España el hombre de quien nos estamos ocupando, desde un puesto en que podía introducir con toda libertad las grandes y saludables reformas que su amor á la patria le habia hecho concebir. Abolió muchos de los onerosos impuestos que hasta entonces habian vejado á la ración; regularizó la hacienda en todos sus diferentes ramos; promovió el comercio; hizo muchos y muy buenos caminos, entre los que es notable el abierto en Guadarrama, que puso en comunicación las dos Castillas; y dirigió por último su vista á lo que fue el objeto predilecto de sus afanes, á la marina de guerra. Después de los servicios que dejamos dicho que prestó á esta durante su cargo de secretario del Almirantazgo, cuando se vió con plenos poderes levantó de planta los arsenales, hizo construir á la vez doce magníficos navios, mandando además acopiar las maderas necesarias para otros sesenta buques de la misma clase, y para sesenta y cinco fragatas de primer orden, y por último, fundó, ayudado por el célebre y sabio marino don Jorge Juan el observatorio astronómico de San Fernando, no siendo este el único templo cuya erección tuvieron que agradecerle las ciencias, pues al mismo tiempo estableció en Cádiz el colegio de medicina, base de la facultad de la misma ciencia, que dependiente de la universidad de Sevilla existe hoy en la misma ciudad.

Fueron tantos los progresos que en poco tiempo llegó á alcanzar la nación, que unido esto á la alianza con Francia, obligó á Inglaterra á tratar de hundir á Ensenada en quien veía un terrible enemigo, tanto mas formidable, cuanto que un día pudiera quitarle la soberanía de los mares, bello ideal entonces como ahora de la orgullosa Albion. Como no hay hombre, por grande que sea, que no adolezca de algun vicio ó defecto, tampoco el ministro de Felipe V y de Fernando VI se vió exento de uno muy fatal para los que ocupan altos puestos en la gobernación de un Estado. Era tanto su apego al lujo y á la ostentación, que muchas de sus riquezas las consumía en las vestiduras y joyas con que se presentaba en la corte, habiendo llegado á valuarse los diamantes que llevaba en cierta solemnidad en la enorme suma de 10.000.000 de reales. Cuéntase con este motivo que habiéndole manifestado un día Felipe V que estrañaba tanta riqueza en un servidor suyo, Ensenada contestó: «Señor, por la librea del criado se ha de conocer la grandeza del amo.» De este defecto se valió la Inglaterra para conseguir su objeto, y haciéndole aparecer ante la nación como inmoral y derrochador, consiguió que en el año 1754 se le exonerase de todos sus cargos, y que fuese desterrado á Granada, confiscándole sus bienes, y hasta se pretendió formarle causa criminal que la reina pudo evitar, consiguiendo tambien que se le señalase una pensión vitalicia. En dicho estado se hallaba Ensenada en el Puerto de Santa María cuando subió al

trono Carlos III, que en 1760 le levantó el destierro permitiéndole ir á la corte. Pero habiendo dado lugar á sospechar que fuese uno de los fautores del motin contra Esquilache, ministro de Hacienda, se le desterró de nuevo á Medina del Campo donde falleció el 2 de diciembre de 1781, á los ochenta años de edad, dejando grandes sumas á los pobres, y lo que es mucho de estrañar, prohibiendo completamente en sus funerales el lujo y la ostentación á que tanto apego habia mostrado durante su vida, y que puede decirse que fueron la causa de su desgracia.

GERÓNIMO LOBO Y CASAL.

EL ESTANY DE SILS.

Las siguientes noticias acerca del saneamiento de un terreno pantanoso en la provincia de Gerona, no carecen de interés en un país donde es mas fácil saber lo que pasa en la China ó en los confines de Rusia, que lo que se verifica en nuestro suelo y en nuestros propios días. Menos noveleros los españoles y no tan acostumbrados á las ventajas de la publicidad, suelen los mismos á quienes debia interesar que se conocieran los servicios que prestan á su patria tener la modestia de callarlos, creyendo acaso que sus trabajos son de poca importancia y que no merecen llamar la atención de la gente instruida, cuando por el contrario pueden servir de estímulo para que se emprendan otras obras de no menor provecho en casos análogos.

Habia no hace muchos años al Sur del pueblo de Sils, y dentro de su jurisdicción una laguna cuya extensión muy aproximadamente llegaba á tres millones seiscientos sesenta y seis mil novecientos noventa y siete metros cuadrados, en la cual desaguan varios torrentes arroyos y chorreras de las que abundan en aquellos desiguales terrenos. Las principales rieras, como allí las llaman, son la de Caldas, las dos de Vidreras llamadas Riucel y Riudespins, la de Masanet de la Selva llamada Tordeola y la de Valcanera: los torrentes ó arroyos mas notables son el nombrado Denpujol, el Rechsorré, y el de Engafalase.

Tambien cuando estaba este punto inundado contribuía á ello la riera de Santa Coloma de Farnés, la mas considerable de la comarca; que ocasionó el desbordamiento del año 1840 como habia producido otros anteriores; y la que está amenazando constantemente aquel terreno, sino se cuida de conservar en buen estado los malecones y muros que hoy día la contienen en su alveo. Anteriormente, á proporción que crecía esta riera se elevaba el nivel de la laguna hasta llegar á tener unos seis metros mas que la altura ordinaria de su superficie.

Los efectos que producía en la comarca la espresada laguna eran funestos en extremo. En los pueblos de su circuito que son Sils, Vidreras, Masanet de la Selva, Riudarenas, Valcanera y algunos otros, pereció casi la tercera parte de sus habitantes durante los cinco años que estuvo inundada, sin que sobreviviera ninguna criatura de pocos años ó nacida en aquella época. Las calenturas intermitentes malignas atacaban á todos por poco que aspirasen los pestíferos miasmas que despedía, y los que no morían quedaban reducidos á la miseria, privados de fuerzas para ganarse el sustento.

Después de vencidos mil obstáculos para proceder á la realización del desagüe, se dió principio á las obras en 1.º de setiembre de 1845 y se dieron por concluidas en 4 de julio de 1850, pero en realidad han durado hasta 1856; si bien en estos últimos años los trabajos han tenido por objeto completar el terraplen de los muros que contienen las rieras de Santa Coloma de Farnés y la de la Esparra; aprovechar las fuertes avenidas de la acéquia para ensanchar y profundizar su caja, y algunas otras de menor importancia.

El costo de todas las obras ha ascendido á 1.000.000 de reales poco mas ó menos, pero además de la salubridad que ha procurado al país, ha proporcionado á la agricultura una gran porción de tierras, de las que pueden considerarse de primera calidad para cereales y legumbres la mitad de ellas, y el resto de segunda y tercera clase. En la mayor parte es el terreno arcilloso legamoso ó de tarquines, y sin embargo hay algunos sueltos y arenas puras, efecto de las avenidas.

Las mejores tierras se siembran de trigo, centeno, habas, judías, arvejas, maíz, alforfón, cebada, alfalfa, altramuces y algunas hortalizas. Las de segunda y tercera calidad se han plantado de álamos y se han destinado para pastos ó prados.

Para conseguir tan felices resultados ha sido preciso abrir un nuevo alveo á la riera de Santa Coloma por el centro de su propia rambla, conteniéndola en él por fuertes malecones poblados de planta viva para mayor seguridad; ó por sólidos muros de mampostería en los puntos de mayor exposición á rompimientos; y con espigones de igual material en unos y otros para desviar la corriente todo lo posible.

Además se ha construido una gran acéquia ó canal que atraviesa toda la laguna y tiene una longitud de seis kilómetros acompañada de malecones, dándole diez metros de ancho en la solera y de dos hasta catorce de profundidad. Dicha acéquia se prolonga por la rambla de la

rier
has
des
des
T
torr
llev
en l
de t
H
jas
las
estr
el f
arro
que
bra
P
cion
real
C
enco
zaro
mistr
dive
La
acue
Medi
pieda
pacto
De
á me
tenie
zando
temp
verifi
plicid
ellos
la ins
la en
su vol
Ag
meno
estar
enter
Casi á
mal e
un añ
un ca
plim e
ria, c
queda
que no
putref
Com
consid
tiempo
durar
signar
vicisitu
que se
oponen
restar
no arra
cipales
menos
los ma
los cua
acudian
encima
mucho
Esta
de lluv
perder
bajos, c
despeja
la accio
indisper
de las o
de may
demás m
sitado e
en aquel
cuales se
tir la sie
cesarios
agosto, y
neral de
los años
reales ca
Gasto
mira cor
que pro
además c
estar y la
cual cont
se ha pre
Todo l
que se pu
conducto
de Santa

riera de Santa Coloma, pero sin comunicacion con ella hasta alcanzar desnivel suficiente para dar salida á todas las aguas de la misma y de cuantas rieras y torrentes desaguan en la laguna.

Tambien se enlazaron todas las espresadas rieras, torrentes, arroyos y chorreras que vertian en la laguna, llevando sus aguas hasta la acequia general, contenidas en los límites que se les han marcado, con malecones de tierra fortificados con estacadas y plantas vivas.

Hanse abierto igualmente multitud de acequias, zanjas ó pequeñas regueras que tienen por objeto recoger las aguas de lluvia que caen sobre las tierras ó que se estralimitan de los cauces ó arroyos en las avenidas con el fin de desecarlas y dejarlas en estado de cultivo.

Se han construido compuertas en los puntos donde los arroyos confluyen con la acequia principal para impedir que las avenidas de verano inunden las tierras sembradas.

Por último, se han hecho estacadas de consideracion y paredones en seco para fortificar obras antiguas y realizar otras nuevas.

Cosas de tamaña importancia no podian hacerse sin encontrar obstáculos, y estos como queda dicho comenzaron antes que los trabajos, se presentaron durante los mismos, y continuaron despues de concluidos, aunque de diversa índole.

La primera dificultad estuvo en poder ponerse de acuerdo los terratenientes con el Exmo. señor duque de Medinaceli, que tiene el dominio directo, y antes la propiedad esclusiva de la laguna, acerca de los medios y pactos para el desagüe.

Despues de haber convenido ambas partes en costear á medias las obras, eran pocos los enfiteutas ó terratenientes que entregaban sus cupos respectivos, paralizando de este ú otro modo los trabajos durante largas temporadas y á veces en la época mas oportuna para verificarlos. Triste condicion de la ignorancia y multiplicidad de los asociados, que suelen resistir lo que á ellos mismos interesa, y en la dificultad de infundirles la instruccion y el conocimiento íntimo es preciso á veces la energía y la constancia para procurarles el bien contra su voluntad.

Agregábase á estas causas de entorpecimiento otra no menos poderosa, y era la de que hasta el punto de estar seca la laguna pocos jornaleros asistian una semana entera al trabajo sin verse atacados de las intermitentes. Casi á los primeros dias de las obras adoleció de este mal el director, quien gravemente enfermo cerca de un año, se hacia llevar en una cama colocada dentro de un carro para dictar sus disposiciones y vigilar el cumplimiento exacto de las mismas. Cosa tanto mas necesaria, cuanto que hubo dias en que varios trabajadores quedaban asfixiados en el instante de percibir el hedor, que no es fácil describir con propios caracteres, de una putrefaccion tan prolongada.

Como sucede en todas las obras hidráulicas de alguna consideracion y que no pueden terminarse en poco tiempo poniendo muchos operarios, sino que han de durar años antes de su conclusion, es indispensable resignarse á luchar con la insalubridad del sitio y con las vicisitudes atmosféricas, que siendo las causas del mal que se trata de remediar, tienen sus períodos en que se oponen á los esfuerzos humanos empleados para contrarrestarlas. En la laguna de Sils por fortuna las avenidas no arrasaron por completo ninguno de los trabajos principales de movimientos de tierras, pero como no podia menos de suceder hubo que reparar algunos trozos de los malecones que se estaban haciendo en el interior, los cuales sufrían roturas por el exceso de aguas que acudian de las cuencas comarcanas y que rebosaban por encima de ellos, no pudiendo absorberlas todas ni con mucho la acequia principal de desagüe.

Esta inundacion que es un mal inevitable en tiempos de lluvias muy continuadas, y que algunos años suele perder por completo la cosecha en los terrenos mas bajos, desaparece á los tres ó cuatro dias despues de despejarse la atmósfera, quedando todo desaguado por la accion constante de las zanjas. De aquí se sigue la indispensable necesidad de atender á la conservacion de las obras en buen estado. Todos los años en el mes de mayo se limpia la acequia general de las yerbas y demás materias que las avenidas del invierno han depositado en la misma, excepto las arenas y tierras, sino es en aquellos puntos donde las aguas se detienen, á las cuales se les da salida para que puedan secarse y permitir la siembra en las partes bajas. Todos los reparos necesarios se practican en los meses siguientes hasta el agosto, y durante este último se efectúa la limpieza general de la acequia y de los demás acueductos. Todos los años han venido á costar estas obras unos 20,000 reales calculados por un quinquenio.

Gasto es este de alguna consideracion pero que se mira como insignificante atendidos los buenos efectos que produce y los pingües productos que procura; además de haber traído á toda aquella comarca el bien estar y la salubridad de que en el dia se disfruta, lo cual contrasta grandemente con el cuadro espantoso que se ha presentado al principio.

Todo lo que precede está tomado de las contestaciones que se pudieron obtener en 18 de abril de 1853, por conducto de los amigos del señor don Juan Bayer, vecino de Santa Coloma de Farnés, que fue el que formó los

planos y dirigió todas las obras del desagüe. Largo tiempo se pasó sin poder adquirir estas noticias, á pesar de haber interrogado á muchos sugetos instruidos naturales de aquel mismo pais, hasta que hablando de los desagües de los terrenos pantanosos y de los medios empleados para conseguirlos, así como del sistema de *drenage* inglés adoptado estos últimos años, y generalizado con tanto éxito y á costa de tantos millones invertidos en las islas de la Gran Bretaña, en Holanda, en Bélgica y en gran parte de Francia, se encargó de proporcionar algunos datos el alumno de la seccion de ingenieros agrónomos don Luis de Casabona. Indudablemente los que han merecido bien de la humanidad con tanto sacrificio, y han sabido procurarse á sí mismos un bien tan grande, no es posible que dejen de completar su obra, procurando alguna de las muchas máquinas de amasar el barro y de hacer los tubos llamados *drains*; entre las cuales se encuentran de varios precios desde las mas complicadas para toda clase de tubos, tejas y ladrillos, como la de Clayton que ha costado unos 26,000 reales á la direccion del canal de Isabel II, igual á otra que hizo traer para el Real Patrimonio el celoso intendente del mismo don Martín de los Heros, hasta la conocida por el título de *máquina de 40 francos*, como la que regalaron á la Escuela central de agricultura, los señores Pinaqui Sarvy y compañía de Pamplona, que en el dia está funcionando en la Flamenca.

El ejemplo de la laguna de Sils, podrá además servir para que lleguen mas pronto á ser una realidad los proyectos de saneamiento de las lagunas de Gallo canta en Aragon, de Añana en Soria, de la Nava de Campos en Castilla la Vieja, y tantos otros terrenos pantanosos como existen en la península, y que pueden convertirse en tierras pingües y feracísimas para toda clase de productos agrícolas. Las ventajas consignadas, son el sistema mas eficaz de contrarrestar los escritos y las hablillas de los que tanto aquí como en Francia han tratado de poner en ridículo el afán con que se sigue en la carrera del *drenage*, diciendo que no tiene aplicacion en pais generalmente secos como los meridionales suelen serlo, y en los que se necesita solo pensar en riegos.

Las máquinas para construir á poca costa tubos de todas formas y calibres mas perfectos y económicos que los que se hacen á mano, pueden servir lo mismo para los drenages que para las cañerías de conduccion de aguas: y procediendo simultáneamente á regar y á sanear las tierras, se conseguirá que el labrador esté mas tranquilo en la seguridad de sus cosechas, sin tener que estar mirando constantemente al cielo, pendiente solo de los efectos del sol, ó de las lluvias.

PASCUAL ASENSIO.

CIENTO POR UNA.

SEGUNDA PARTE DE JESÚS EL POBRE.

CUENTO.

I.

Erase que se era, y el mal que se vaya y el bien se nos venga, que en un pueblo de la sin par Castilla, y no entre Pinto y Valdemoro, si no entre Tordesillas y Simancas, habia como cosa de un siglo atrás, año mas ó menos, un quinquillero, mozo de chapa, gallardo y alegre si los hay, y diestro y avispado de lo lindo; pero tan dado al mismo tiempo á los enemigos del alma, que la suya deberia estar en buen camino para las calderas de Pero Bótero.

No habia alboroto, pendencia ó cuchilladas en el lugar, donde no terciase nuestro hombre, que cuando no estaba preso lo andaba buscando la justicia, y jamás logró el tabernero, que sin agraviar á nadie, era de lo mas honrado del oficio, que le saldase una sola cuenta de las muchas que le habia dejado hacer en su casa, contando sin la huéspedada.

Y cuidado que el tal tabernero no se paraba en barras ni se andaba en escrúpulos de monja, sobre si estaria bien ó mal visto plantar una fresca al mismo lucero del alba, en tratándose de sus intereses; pero no se habia atrevido aun á levantar el gallo al quinquillero, dejándole hacer su santa voluntad y sirviéndole de cabeza, que era mucha su fama como espadachin, y no pudo alabarse alma nacida de haberle mojado impunemente la oreja.

Los maridos y padres del lugar, estaban, ya se ve, que no les llegaba la camisa al cuerpo, desde que se divulgaron las malas mañas del vendedor ambulante; porque si bien nuestro hombre habia traspasado la primavera de la vida, hallábase aun muy lejos de su invierno, siendo todo un buen mozo, con unos ojos y una presencia, y un aquel tan bizarro en su persona, que eran otros tantos anzuelos para las inespertas doncellas y experimentadas comadres de aquel rio, en que muy á su sabor podia sacar abundante y sabrosa pesca, con detrimento del prójimo; así es, que cuando cada ocho dias regresaba de Valladolid con nuevos géneros, y se oia en las enercujadas del lugar el acento de su pregon, que al dulce trino de un canario se parecia, abríanse con cautela no pocas rendijas de puertas y ventanas por donde

mas de cien incautas niñas procuraban atisbar las de los ojos de aquel mochuelo, que rara vez volvia á su olivo sin haber hecho su agosto en la venta, siendo causa tambien de que anduviesen á la greña los parientes, sobre si era ó no tirar la casa por el balcon, la compra de un peine de marfil ó un tarro de pomada, y dando esto pié para que renegasen todos de la venida al pueblo de semejante truán, porque el quinquillero, y bueno es que se sepa, no habia nacido en él, ni nadie barruntaba el menor indicio de sus antecedentes. Algunos años hacia, que de buenas á primeras habíase presentado en aquel pueblo, sin que el señor alcalde con sus ojos de lince y olfato de pedenco para desenterrar culpas añejas, ni las comadres del lugar que se pintaban solas en esto de sacar á relucir trapos ajenos, pudieran ver dos dedos mas allá de sus narices, quedándose á oscuras todos sobre la vida y milagros del quinquillero.

Sin embargo, como las cosas no pueden hacerse mucho tiempo á cencerros tapados, á fuerza de traer y llevar entre manos el asunto, y de darle por arriba y por abajo, llegaron á descubrir que nuestro hombre no vivia solo, sino con una mujer, jóven y hermosa, al decir de algunos, mientras que al de los mas era un fiero vestiglo, que el mejor dia del año levantaria de quicio el pueblo con sus conjuros; pero la verdad del caso es que ninguno la habia visto sino rebujada en un manto negro y en muy raras circunstancias, porque la compañera del mercader, salia á la calle con el alba, y eso para ir á rezar á la virgen de la ermita, que en una altura y á la entrada del pueblo se encontraba.

Por consiguiente, el misterio en que el quinquillero se envolvía aumentaba el diverso interés con que por todos era mirado; y en mas de una ocasion de las muchas en que por sus camorras faltó poco para que la justicia le pusiera las peras á cuarto, creyó el señor alcalde salirse con la suya; pero quedábase siempre sin saber de la misa la media, no encontrando modo de echar la garra al comerciante que no parecia si no que el diablo le amparaba, aunque segun malas lenguas, no era el diablo, si no la costilla del corchete que estaba á partir un piñon con el quinquillero.

II.

Pues señor, habiendo pasado las cosas, ni mas ni menos que como llevo referido, aconteció luego que en una mañana, fria cual corazon de usurero, llegó al lugar un peregrino, con mas barbas que indulgencias y mas indulgencias que dinero, lleno de conchas por afuera y de malicia por adentro. Hospedóse en un meson, cuyo dueño le recibió en palmas, tratándole á qué quieres boca. Bien es verdad que el mesonero no tuvo por qué quejarse en las diferentes veces que le dió albergue en su casa, pues la veia convertida en jubileo, y el trasiego de sus pellejos era mayor que en todo el resto del año.

Cundió como por ensalmo la noticia del arribo del peregrino, y pronto estuvo el meson de bote en bote. Quién le pedía una pluma del gallo de la Pasion, quién un pelo de la barba de Caifás ó un hilo de la toca de la Verónica. Otros le relataban sus pesadumbres y desventuras, y para todos hallaba recursos en su zurrón ó en su caletre el romero, que recibia en cambio bendiciones y maraved ses.

Pero las gentes del lugar que eran unas almas de Dios, no pararon mientes en que el hermano barbudo, anduvo algo rehacio aquella mañana en la reparticion de reliquias, y que cada vez que le pedían alguna, se le nublaba la vista, torcia la boca, y mecíase su cuerpo al impulso de un ligero temblor que procuraba reprimir y ocultar con mucho cuidado, rebozándose en sus hábitos como si tuviese tercianas, y le fuera á empezar la calentura, hasta que siéndole imposible dominar por mas tiempo semejante comezon, dijo á todos sin andarse por las ramas, que deseaba estar solo para descansar de las fatigas del camino, y no bien le dejaron, como pretendia, cuando vinieron á avisarle de que una persona solicitaba con notable empeño verle antes de que se recogiese.

El peregrino, lejos de tomar á pechos esta impertinencia, pareció alegrarse interiormente, á juzgar por el brillo de sus ojos, y se adelantó muy cortés para recibir aquella visita. A poco entró en la estancia una mujer cubierta con un manto, que á juzgar por su buen porte, no deberia tener mal palmito, y dirigiéndose al romero, despues de pedirle, echa un mar de lágrimas, la socorriese en sus desventuras, pues eran tales y tan grandes que á no hallarles remedio, antes querría morir mil veces, le habló de la siguiente manera.

III.

Sabrás su merced, como me llamo Rufina, y soy hija de una familia muy honrada, cuyo nombre callo por respeto á su memoria y fama, que mancharia torpemente si me atreviera á tomarla en mis labios despues de no haber sabido mantenerla en su propio lustre.

Yo estaba en mi casa, señor peregrino, como el pez en el agua, siendo el espejo de mis padres, donde se miraban para rejuvenecerse, y si bien la fortuna no les habia favorecido con sus dones, á nadie debieron nada en este mundo de cuanto á su hija prodigaban, que por otra parte, y aunque mal me esté el decirlo, tampoco tuvieron por qué arrepentirse, hasta la funesta hora en

que para castigo de mis culpas, quiso mi mala suerte, que fijase mis ojos, y entregase mi corazón al hombre que despues ha venido á darme gato por liebre.

Niña era de veinte abriles y nada fea, y pretendida adeu as por señores muy principales; pero sin dar oidos mas que á los impulsos de mi corazón, llegué á prendarme, ¿de quién creará su merced? de un pobre sacristan, aunque bizarro en aquel entonces, eso sí, y que tenia una voz para entonar coplas de amores, y una manera de alegrar mis ojos con los suyos, y una labia en fin, que disculpan mi preferencia y tambien mi yerro, señor peregrino, porque á mis padres, que no participaban de mi gusto por el mancebo, se les puso en el moño que habia de dejarlo á la luna de Valencia, y hubo en mi casa una de todos los diablos, hasta que por evitar dimes y di-retes, determiné una noche, hacerla yo del lugar en union de mi amante, quien puso á contribucion su oficio para procurarse los medios de acompañarme. ¡Y qué medios, señor peregrino! ¡una cuarta se me eriza el cabello al recordarlos! ¿Podrá su merced persuadirse de que dejaba á oscuras á un señor muy milagroso, para alumbrar su bolsillo con la plata que en cambio de la cera usurpada le entregaban?

Pues sucedió lo mismo que lo estoy contando, sin que

ciega de amor, segun estaba, pudiese adivinar aquel gatuperio.

Como Dios nos dió á entender, llegamos, al cabo de

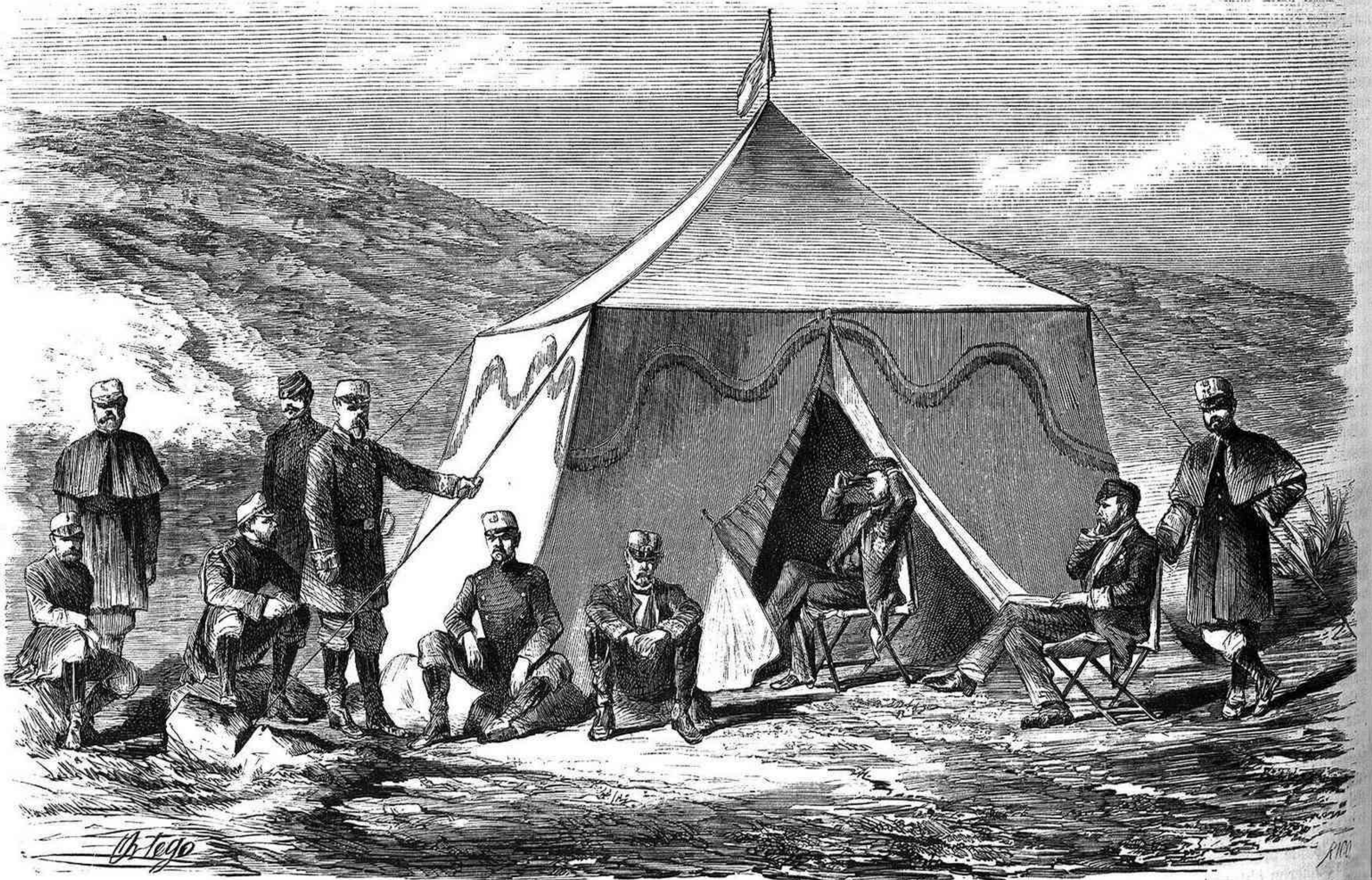
me cuesta la torta un pan. Aconsejeme, señor peregrino, ya que sabe de cabo á rabo la causa de mi desventura, y Dios no echará en saco roto la buena obra.



EL MARQUÉS DE LA ENSENADA.

muchos dias y no pocos trabajos, á este pueblo, donde nos establecimos de la propia manera que si estuviésemos casados, pues Perico, que así se llama el que hoy pasa por mi esposo, jamás ha querido serlo de verás por temor de que la justicia le sentase las costuras si ponía el dedo en la llaga de su pasado. Con el dinero que traia dedicóse al comercio de quincalla, y á la vuelta de algunos años, estábamos señor peregrino, que ni los ángeles en la gloria; todo era tortas y pan pintado; pero ¡ay señor! que las dichas de este mundo pasan en un santiamen, y no tardó en acabarse para mí el cariño de Perico, á quien vi buscar en el amor de otras mujeres, la satisfaccion que no hallaba en el mio. Desde entonces no soy ni mi sombra, y por mas que he procurado atraerle al buen sendero, se hace el sordo á mis quejas, y predico siempre en desierto.

Ahora nunca duermo en casa á pretexto de su comercio, y Dios sabe cuál será el comercio de Perico á las altas horas de la noche, por lo que yo tampoco pego los ojos un segundo, y si no se da un corte al negocio, pongo piés en pared ó



EL GENERAL PRIM EN SU TIENDA DE CAMPAÑA. (DE FOTOGRAFIA.)

de un
cab
vis
de
cor
raz
bue
se
die
en
del
que
mer
en
lo q
de
am
com
agu
L
ven
casa
siqu

De este modo acabó su plática la que dijo llamarse Rufina, y el peregrino que la había estado mirando de hito en hito, exclamó después de haber hecho como que reflexionaba.

—Cosas pasan, señora mía, que son para dar al traste con la paciencia más á prueba de reveses; pero tenga confianza en el que todo lo puede, que no á humo de pajas ha permitido mi arribo á este lugar en hora tan oportuna. Espere mejores tiempos que ellos vendrán si continúa haciendo de tripas corazón. En el ínterin lleve una luz á la virgen de la ermita cada vez que note síntomas en Perico de arreglar su conducta, y deje el resto á quien corre por su cuenta hacer de modo que su amante le baile el agua.

Este consejo puso á Rufina más alegre que unas pasadas y salió del meson después de haber recompensado espléndidamente al peregrino, que no tardó en seguir sus pasos, con el aire de un hombre satisfecho de sí mismo.

Asombrado el mesonero de ver marchar al conchudo sin decirle oste ni moste, temió que se la hubiesen pegado y se plantó en un verbo en la habitación que aquel acababa de dejar, esperando no hallar títere con cabeza, pero todo lo encontró como si tal cosa, á escepcion de un olorcillo extraño y sofocante que le hizo prorumpir en media docena de estornudos y echarse fuera del cuarto santiguándose y dando diente con diente, como si le hubiera visto las garras al diablo.

IV.

Y es el caso que Rufina había dicho el evangelio al peregrino.

Perico que de rapa-velas de un lugar miserable, llevóronle sus pecados á traficar en quincalla, olvidóse muy pronto de la niña por quien antes se despepitaba, y después de robarla á sus padres, le hurtó el cariño que en ella había depositado para entregarlo á tontas y á locas, á quien recibirlo quería y últimamente á la mujer del corchete de aquel pueblo, moza de rompe y rasga, con trazas de fregona y humos de hidalga solariega, que tenía á su marido en un puño y á quien no solamente se lo alzaba, al decir de algunos, sino que se lo sentaba



OBSERVATORIO DE MADRID.

de lleno en las espaldas, cuando á cuento le venia, por un aquí te la puse.

El corchete, que no tenía pizca de lerdo, ya estaba al cabo y á la postre de lo que significaban las frecuentes visitas de Perico á su casa, con el pretexto de arreglos de comercio que nunca se arreglaban; pero callábase como un mudo y dejaba rodar la bola, sin duda por las razones que su consorte le daría y acaso también por el buen resultado de sus cuentas caseras, pues el hombre se chupaba de gusto los dedos al considerar que escediendo los gastos de los ingresos, no se notaba la merma en sus ahorros.

Pero si esto sucedía en casa del corchete, no así en la del quinquillero, que á pesar de vivir con más angustias que el dueño del lugar, sus cuartos iban siempre en menguante y al paso que salían de su bolsa, no tardaría en verla menguada por completo, sin cuarto ni ochavo, lo que empezaba á tenerlo de mal talante y con una cara de renegado que era de ver.—Tirábale por un lado el amor de su manceba y por otro el apego á su hacienda, como buen comerciante, de modo que estaba entre dos aguas, sin irse al vado ni á la puente.

La mañana en que vino al pueblo el romero, salió á vender Perico como de costumbre tenía y volvió á su casa sin que nadie le hubiese dado ni los buenos días siquiera; de modo que la pegó con Rufina, á quien puso

de vuelta y media, y encerrándose luego en su cuarto á piedra y lodo, empezó á echar sus cuentas sobre el rumbo que le convendría tomar en su derrotero y entre si sería mejor errar que quitar el banco ó vice-versa, se quedó cual un tronco.

Rufina, que no tocaba pito en la desafinada orquesta que traía á mal traer al quinquillero, se hizo cruces aquella noche, al ver que no tomaba la puerta para irse á picos pardos. Creyó moneda corriente la enmienda de Perico y fué al otro día con estrellas á llevar una candelica á la virgen de la ermita, siguiendo á pie juntillas el consejo del peregrino y rogando al sacristán, con mucho empeño, que dejara consumirse todo el aceite, cuyo encargo no lo hacía sin su misterio, porque Rufina recordaba las sisas de su amante en el oficio, y quería evitar que la comulgasen con ruedas de molino.

Escamado el sacristán de la insistencia con que la devota le recomendaba su candelica y no encontrándose con la conciencia muy limpia, que digamos, trató de sonsacar á Rufina sospechando si podría saber algo de sus tracamandanas, en términos de salir ambos, charlando por los codos al umbral de la ermita, y por dónde hace el enemigo que acertase á subir Perico la cuesta en aquel instante y los viesse conversar mano á mano, como si de marras se conociesen.

No fue necesario más, para que ardiese Bayona den-

tro del pecho del quinquillero y al reflejo de sus llamas reparase que á pesar de no tener su amante los diez y ocho abrilles que le sacaron de sus casillas, resplandecía aun su cutis con la tersura del nacar, que las rosas de sus labios eran en lo perennes, hermanas de las siempre vivas y que de sus negros ojos desprendíanse todavía vivísimos rayos de fuego capaces de inflamar el corazón, no solo de un pobre monago, sino de los más apuestos donceles.

Tampoco fue para el quinquillero harina de otro costal, el efecto producido en su ánimo por la comparación que hizo entre su antigua y nueva amante, y no hay para qué decir hacia qué lado se inclinaria la balanza, añadiendo que después de algunos dares y tomases con Rufina, sobre el motivo de su visita á la virgen, que aquella supo eludir, por no dar su brazo á torcer, echaron pelillos á la mar, la mujer del corchete se quedó otra noche mirando al cielo, y al día siguiente fueron dos las candelicas que chisporreaban delante de la virgen por cuenta del quinquillero, quien no hallando medio para reedificar su hacienda, desmoronada por los dientes de su manceba y el amor á Jorge, de cuya oreja tiraba á rabiarse, sin conseguir alargarla lo necesario para tapar sus faltas, hizo de su capa un sayo y en muchas noches se eclipsó de casa del corchete, no imaginándose que cada carantoña prodigada á Rufina, le costaba una

candelica constante, ó lo que es igual, una libra de aceite diaria.

En cambio la ermita parecia una ascua de oro á todas horas, lo cual dió origen al sobrenombre de rica que desde entonces llevó la Virgen, y á los comentarios del lugar, cuyas comadres cortaban cada sayo á Rufina que no la dejaban hueso sano, pues tardó poco en divulgarse de donde salian aquellas misas.

Celosa como una turca la mujer del corchete, y ardiendo en ira por la indiferencia de Perico, determinó tomar la revancha á costa de su rival, que era para sus adentros el aire que torcia la veleta de sus favores, y maliciándose de que con tanta luminaria como costaba su amante estaria *in albis* del negocio, dióse tal maña para ponerlo en claro á los ojos del pagano, vistiéndolo con unos colores tan negros y contrarios á su honra, que Perico juró para sus adentros que se habrian de acordar de él, Rufina y el sacristan, si los llegaba á pillar con las manos en la masa. A este fin se puso á la husma una mañana muy temprano, junto á la ermita, y quedóse con tanta boca abierta al ver llegar á su antigua amante en compañía de un hombre y un borriquillo que acarrea dos pellejos de aceite, cuyo cortejo desapareció por detrás de la ermita.

Estaba el dia entoldado, como carrera de procesion, y el viento que no deberia hallarse para bromas, daba cada resoplido que cantaba el misterio, levantando una polvareda en la tierra y unas montañas de nubes en el cielo, por donde asomaban la cabeza algunos relámpagos, como diciendo—*agua va*, que los pastores reunian en un dos por tres los rebaños, y daban de mano á sus faenas los labradores, como respondiendo cada cual—*esto no va conmigo*.

Aun no habia cerrado la boca Perico, cuando vió de nuevo al hombre de la cabalgadura que se retiraba solo con los pellejos vacíos y llegóse á hablarle, no ideara el demonio que tomado en su alucinacion el rábano por las hojas, fuese á hacer un pan como unas hostias; pero cayéronse por completo los palos del sombrero al saber que era la misma Rufina quien daba cebo al eje de la rueda que contribuía á dejarle como las ánimas, puesto que trabajaba por cuenta de la virgen, y acaso del sacristan.

Perico, ciego de cólera, como es de suponer, echó mano á una daga que llevaba oculta en el pecho, y tomó el camino de la ermita, donde se introdujo de rondón tirando los treinta dineros; pero el resplandor de millares de luces que oscilaban á los piés de la virgen, turbó sus sentidos y hubiera besado el pavimento, á no haberle contenido el suave brazo de Rufina, que arrodillada junto al altar mostrábale á la virgen, con unos ojos mas alegres que un fandango, como dándole á entender, que Dios ayuda á quien madruga.

Por desgracia, Perico, no reparó si no en las luces que ardian á su costa, consumiéndole un dineral cada segundo que pasaba y en el no muy limpio juego de Rufina, creyéndola compinche del sacristan, y fue tanto su despecho, que montando nuevamente en ira y sin importarle un ardite el sitio donde se hallaba, asestó contra su amante el acero que aun empuñaba su diestra.

Un violentísimo trueno retumbó en aquel instante sobre la bóveda de la ermita, cuyas puertas se abrieron con estrépito por un peregrino, que con la rapidez del rayo se dirigió hácia el solitario grupo, y entrando á la vez una manga de viento, apagó de improviso todas las luces.

Entonces se sintió Perico agarrar por una mano, no blanda y cariñosa como antes, sino mas áspera que un rastrillo y candente como un áscua, que arrastrándolo fuera de la ermita, le dijo con un acento cáustico como un sinapismo.

—Esta es la mia, Perico, mordistes en el anzuelo que arrojé á tu avaricia, y ahora vas á pagar juntas todas tus deudas, sin que te valga la bula de Meco.

—¡Perdon! exclamó el asendereado quinquillero, buscando el modo de huir el cuerpo, aunque sin conseguirlo.

—Sí, perdon, replicó la misma voz, despues de haber chasqueado á tu novia que se fió de tí por aquello de que al hombre por la palabra y al buey por los cuernos, despues de tu vida airada y de tu afan por quitar de en medio á Rufina que devolvía á la virgen de la ermita, siguiendo mis preceptos, pues sabia el pié de que cojeabas, *cien* luces por cada una de las que sisaste en otro tiempo al Cristo de tu iglesia, y solo cuando ves las orejas al lobo quisieras meterlo todo á barato y salirte por la bocamanga. Pues amigo, haber andado con pié de plomo, antes de hacerlo de ceca en meca, que aquellos polvos traen este lodo, y ahora no tiene mas remedio que acomodarse conmigo y le vendrá muy ancho.

No dijo mas el peregrino, pero abrazándose con Perico, lo remontó hácia las nubes y entrambos desaparecieron entre los relámpagos, que parecian otras tantas bocas de fuego abiertas para engullirse la víctima del diablo, pues ya habremos supuesto que no era otro el conocido romero del lugar, cuya forma habia tomado esta vez para armar á Perico la trampa en que le apasionó su maldad.

Rufina á quien la virgen libró de la última caricia de su amante, perdió completamente la memoria de aquel suceso, creyendo á cierra ojos, que Perico habia muerto de repente, y como aun conservaba restos de su

pasada belleza, que quien tuvo y retuvo guardó para la vejez, á la vuelta de algunos años, no faltó un pájaro que le arrastrase el ala, á cuyo ruido no se hizo sorda como buena viuda ó casi viuda, resultando de este lance que se casaron en paz y gracia de Dios. Y por mas que yo fuí y vine, sin dejar la ida por la venida, no pude sacar otra cosa de la boda si no un viejo y estropeado lienzo con honores de aleluya, donde estaban dibujados los contornos del lugar, en un dia de tormenta, el montecillo con la pintoresca ermita, despidiendo por sus puertas vivisimos resplandores, y el diablo en traje de peregrino, cruzando los aires, y con el desleal y avariamiento Perico, á quien llevaba asido por los cabellos, como quizás te parezca lector carísimo que he traído el final de mi cuento, en cuyo caso te suplico que no me mires por encima del hombro; pues siendo de cosecha agena, ni quito ni pongo rey, limitándome solo á trasladarte los autos; pero si á pesar de curarme en salud, creyeras tener razon para roerme los huesos, sobre si el asunto merece ó no la pena de sacarlo á la vergüenza en las columnas de un periódico, aceptálo por esta vez, juntamente con mi propósito de la enmienda, en la confianza de que no te daré motivo para echarme en cara tu indulgencia, sacándome á colacion el dicho de que—*alarga una el pié y se toman la mano*.

JOSÉ J. SOLER DE LA FUENTE.

OBSERVATORIO DE MADRID.

A la parte Sudoeste del Buen-Retiro, en la cumbre del cerro conocido con el nombre del *Atillo de San Blas*, levantado sobre el nivel del mar 2,289 piés y 312 sobre las aguas del Manzanares, disfrutando de estenso y despejado horizonte por todos lados, que solo ligeramente interrumpen hácia el Oeste y Norte las cordilleras del Guadarrama, eleva su majestuosa mole el antiguo observatorio meteorológico, construccion elegante y severa á un tiempo, cuyas formas bien á las claras demuestran la segunda restauracion del arte greco-romano en nuestra patria, aun cuando se hubiera perdido la memoria de su arquitecto, cuyo nombre es uno de los que mas dignamente simbolizan este periodo de nuestra historia del arte.—Y como siempre acontece que los recuerdos históricos de los grandes hombres marchan unidos en providencial armonia, la construccion de este edificio reune los de cuatro genios que de consuno contribuyeron á su ereccion. Don Jorge Juan en union con don Antonio de Ulloa, concibieron el pensamiento y lo presentaron al rey: Carlos III comprendió su importancia y lo mandó realizar; Juan de Villanueva formó los planos, sin embargo de no levantarse tan pronto el edificio.

Previendo el ilustrado monarca la necesidad de que alguno de nuestros astrónomos se perfeccionase en tal difícil ciencia, mientras la obra se realizaba, envió pensionado al extranjero para que completase sus estudios al ya reputado matemático don Salvador Jimenez Coronado. La muerte sin embargo sorprendió al rey, sin llevar á cabo su proyecto. Pero aun vivia y era ministro de Carlos IV el justamente celebrado conde de Florida Blanca, y empezóse la obra en 1790, al mismo tiempo que la enseñanza de la Astronomia bajo la direccion de Jimenez Coronado, ya de vuelta en Madrid con largos estudios, estableciéndose esta utilísima enseñanza provisionalmente en uno de los edificios próximos á San Gerónimo. Notables resultados dieron estos primeros ensayos, y buena prueba de ello es la pension de 4 reales diarios que para poder continuar sus estudios se concedió á los seis alumnos mas sobresalientes.

Bien pronto uno de estos empezó á prestar sus servicios en el naciente establecimiento. Como la fabricacion de los instrumentos necesarios hubiese producido pocos adelantos bajo la direccion de Mr. Megnié, se enviaron á Londres á don Carlos Rodriguez y don Asuero Fernandez, los cuales, acaudalados con profunda instruccion, plantearon á su vuelta el taller de máquinas, para cuyos alumnos se estableció una clase de matemáticas aplicadas á su arte, clase que desempeñó con gran acierto don José Radon, discípulo premiado en la clase de Astronomia, mientras su compañero don José Garriga les explicaba un curso de meteorología, y publicaba algun tiempo despues una obra de uranografía, y don Modesto Rodriguez y don José Ramon de Ibarra desempeñaban cátedras de Astronomia física y teórica. Como se ve por esta ligera reseña el pensamiento de don Jorge Juan nacia con un vigor inusitado. Y á tanto llegó la justa importancia con que fue considerado que, en 13 de agosto de 1796 formábase el real cuerpo de *Ingenieros cosmógrafos del Estado* para la construccion de la carta geodésica, cuerpo que montado militarmente, llevando su jefe el nombre de director, los profesores de capitanes y tenientes y de subtenientes los sustitutos, así como de cadetes con sueldo ó sin él los aspirantes ó alumnos, empezó á dar bien pronto importantes resultados para la ciencia.

Los fondos que para el sostenimiento de dicho cuerpo y del observatorio en construccion se destinaron, consistieron en los productos del calendario, con la obligacion, sin embargo, de que el observatorio lo formase.

No completos 6,000 duros producía esta renta; y con tan escasos medios que apenas bastaban para el personal y materiales de enseñanza, la obra estaba tan atrasada, que á empezar iba el siglo XIX, sin que pudiera ni aun calcularse la época de su terminacion. La lentitud de las obras emprendidas por Villanueva hizo que se planteara un observatorio provisional en el mismo Retiro, altillo llamado de San Pablo, que sino para grandes observaciones suplia á lo menos para las necesidades de la enseñanza.

La fabricacion de instrumentos y adquisicion de los extranjeros crecia entre tanto de una manera que honrará siempre la memoria de aquel cuerpo, contándose entre ellos el magnífico telescopio de Herschell. que muy en breve con todos los demás aparatos fue objeto de la vandálica destruccion de tropas extranjeras.

En el año de 1804 termina el antiguo cuerpo de Ingenieros cosmógrafos con su organizacion militar, y se establece el Real observatorio con menor número de profesores, pues solo quedaron tres y el director, y un encargado del gran telescopio con otro adjunto y un ayudante. Entre las variaciones que esta disposicion produjo hallábase la de publicar un periódico mensual que contuviese todas las observaciones hechas en el establecimiento, la promesa de aumentar los sueldos á sus profesores y la limitacion de la antigua carta geodésica á la intendencia de Madrid para cuando hubiese fondos.

La invasion francesa, como hace poco indicamos, destruye cuanto hasta entonces se habia adelantado. Convertido el no terminado edificio de Villanueva en fortaleza, en vez de los cañones de los telescopios, viéronse entre las columnas de su elegante templete los cañones de la francesa artillería.

En el difícil período del restablecimiento del gobierno español, apenas se hizo otra cosa con relacion al observatorio que recoger en los estudios de San Isidro algunos escasos instrumentos que con gran dificultad habia logrado salvar Jimenez de las destructoras falanges.

El museo de ciencias naturales bajo cuya dependencia se puso en 1816 aquel establecimiento, poco ó nada adelantó en sus trabajos para restablecerlo; y aun cuando en 1819 se nombra profesor de astronomia á don José Rodriguez, célebre compañero de Aragón, cerrada la cátedra en 1820 por la intolerante política, quedó sumido en completo abandono hasta 1835 el observatorio meteorológico. En este último año se trata de volver á darle vida, nombrando director y catedrático á don Domingo Fontau. La enseñanza, sin embargo, ni aun empezó á darse, y así transcurrieron otros cinco años en total olvido. La direccion de estudios, en 1840, lo toma á su cargo; nombra profesor al ingeniero de caminos don Gerónimo del Campo, que solo puede hacer algunas observaciones meteorológicas, pero ni él, ni su sucesor en 1843 don Manuel Perez Verdú que falleció en breve, consiguieron se diese al observatorio la importancia que reclamaba. En el año de 1845, sin embargo, emprendióse por ventura la anhelada restauracion y reforma. El arquitecto don Narciso Pascual Colomer termina la obra del arquitecto Villanueva; los profesores de matemáticas don Antonio Aguilar y don Eduardo Novella, despues de cuatro años de profundos estudios y científicos viajes por orden del gobierno, se encargan de la direccion científica del observatorio, y desde 1854, adquiridos los instrumentos necesarios, secundados aquellos dos dignísimos profesores por don Juan Chavarri y don Manuel Rico y Sinovas, ha venido aquel establecimiento elevándose de dia en dia á gran altura, sufriendo en su organizacion en 1858 algunas ligeras variaciones.

Un comisario régio, un director á cuyo cargo se hallan las dos secciones astronómica y meteorológica, dos astrónomos 1.º y 2.º, y dos ayudantes, forman la actual planta de su personal, y ya con la concesion de veinte y seis mil metros cuadrados de terreno hecha por S. M. á el edificio, ya con la construccion del nuevo destinado á la grande ecuatorial, con la adquisicion de magníficos instrumentos de primer orden, de los cuales solo la ecuatorial de Merz ha costado 8,000 duros, y la publicacion que prepara de sus anales y del anuario, que con tanta aceptación ha empezado á dar á luz para el presente de 1860, bien puede decirse que se halla muy cerca de colocarse á la altura de los mejores de su clase en el extranjero.

La instruccion y probado celo de las dignísimas personas que hoy tienen á su cargo este establecimiento, no permiten dudarlos, y bien podemos congratularnos de que así suceda hoy que la ciencia astronómica se eleva de dia en dia y en que la estadística puede recibir de los trabajos de dicho observatorio tan útiles auxilios.

El edificio de Villanueva terminado por Colomer, forma un cuerpo central que ocupa un paralelogramo rectangular, cuyas líneas mayores corren del Sur al Norte en una extension de ciento dos piés. El lado menor del rectángulo, correspondiente al Sur, lleva la fachada principal, que consiste en un hermoso pórtico levantado sobre una pequeña escalinata y compuesto de diez columnas y cuatro contrapilastras de orden corintio. Hornacinas y recuadros adornan el fondo del pórtico, y en su centro ábrese la puerta por la que se pasa á un vestibulo circular, á cuyos dos lados está la entrada de dos magníficos salones de cuarenta y dos piés de largo por veinte de ancho, destinados á instrumentos. Escaleras de caracol comunican con las azoteas levantadas sobre el pavimento treinta y cuatro piés, y á las cuales recorre

RECU

Los niños se lo perr... á la escuela Alcoran, instalados El dia de una fiesta mezzquita mula; si e bresó ricos bido apara

como á todas las cornisas del edificio, una sólida balaustrada de hierro. Diez y seis columnas exentas de diez y siete pies, con basas y capiteles de orden jónico antiguo, se levantan sobre un pedestal circular formando el gallardo templete que domina toda la fábrica, y sosteniendo el anillo que le sirve de cornisamento y el cascaron que lo cierra. Ventanas de vidrieras, cubren interiormente los intercolumnios, apoyadas en pilastras que corresponden á las columnas.

Las dependencias todas de este establecimiento, se encuentran hoy en un estado digno de los mayores elogios, siendo notable, á pesar del escaso número de sus volúmenes, su escogida y especial biblioteca.

Tal es la sucinta reseña que de su historia y de su estado actual hemos creído de nuestro deber presentar á los lectores del Museo, al mismo tiempo que les acompañamos una excelente copia del edificio que, dominando por la elevacion en que se encuentra á la moderna villa, es uno de los poquísimos que al contemplarla desde lejos, le dan algun carácter monumental.

R.

EGOISMO FILIAL.

Mi madre me dice:—Niña, no me gusta, no me gusta que andando de baile en baile, y de tertulia en tertulia la reputacion desdore y la juventud consumas; pero yo respondo:—Madre, con sermones no me aburra, que una se ha hecho para el mundo y el mundo se ha hecho para una.

Mi madre me dice:—Niña, con ese lujo me asustas! Mira que somos muy pobres, mira que humilde es tu cuna y mira que muy mal sienta la inmodestia en la hermosura; pero yo respondo:—Madre, peor sienta la lana burda, que una se ha hecho para el lujo y el lujo se ha hecho para una.

Mi madre me dice:—Niña, si alguien te dice «me gustas» y es honrado el que lo dice, quiérela con alma pura, mas no andes buscando novio, que no le encontrarás nunca; pero yo respondo:—Madre, nadie encuentra si no busca y una se ha hecho para el novio y el novio se ha hecho para una.

Mi madre me dice:—Niña, toda, toda mi alma es tuya! Dicta el amor mis consejos, en la esperiencia se fundan y á pesar de eso, los oyes como quien oye la lluvia! Perdidas están las hijas cuando á su madre no escuchan; pero yo respondo:—Madre, una se ha hecho para una.

Y dice el poeta:—Madre, que el dulce nombre pronuncias del hijo de tus entrañas en esas horas de angustia en que un ángel das al mundo ó das tu cuerpo á la tumba, si una corona de gloria ciñera mi frente mustia, yo la arrancaria de ella para ponerla en la tuya.

ANTONIO DE TRUEBA.

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLÉS

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONTINUACION).

Los niños del pueblo trabajan desde que se edad se lo permite, y los de los ricos son alguna vez enviados á la escuela; los destinados al sacerdocio estudian el Alcoran, hasta que lo aprenden bien de memoria, y son instalados como *talebs* ó doctores de la ley.

El día de la circuncision de un hijo es en las familias una fiesta solemne; si el padre es rico, aquel va á la mezquita magníficamente vestido y caballero sobre una mula; si es pobre, su cabalgadura es un asno; pero, por bres ó ricos, esta ceremonia va acompañada con el consabido aparato.

Los difuntos se entierran algunas horas despues de la muerte; el cadáver se lava y se cose dentro de una tela, colocándole la mano derecha sobre la cabeza. Los cementerios de los moros están fuera de las poblaciones, y el ataud va seguido de una comitiva por lo regular muy numerosa, y es llevado á hombro. Delante van dos hombres que entonan himnos fúnebres en que se invoca á Alá y á Mahoma, y luego el ataud se deposita en un hoyo que se cubre con una gran piedra. Algunas planideras asalariadas, cuyos gemidos son muy desagradables, y que se golpean la cabeza y se arañan la cara, bañan con sus fáciles lágrimas la tumba del finado, largo rato despues de su entierro. El número de estas planideras responde á la fortuna de que se gozó en vida.

Durante su luto, las viudas no pueden usar oro ni piedras preciosas, y la duracion de aquel es de cuatro meses y ocho dias; y si están embarazadas se prolonga hasta despues del parto. Los parientes del marido tienen la obligacion de visitarlas y proveer á su subsistencia durante el luto.

En las clases alta y media, los recién huérfanos no se afeitan la cabeza ni la barba, y hasta se dejan crecer las uñas por cierto tiempo, en señal de afliccion.

Los judíos ó cristianos que abrazan la religion musulmana, visten el traje de los creyentes, y se les pasea á caballo por todas las calles, seguidos de una comitiva numerosa y saludados por la inevitable música. Eligen un nombre moro, y un padrino que los adopta sin quedar obligado á cosa alguna respecto de ellos. Estos renegados no pueden casarse sino con negras ó con hijas de renegados, y sus hijos no reciben carta de naturaleza hasta la cuarta generacion. La mayor parte de los renegados de Marruecos son españoles fugados del presidio de Ceuta, despues de haber cometido algun crimen digno de la pena de muerte. El emperador les protege por miras políticas, pero los moros les desprecian hasta el punto de no mantener con ellos relacion alguna á pesar de su abjuracion.

Pero volvamos á hablar de Lemprieres, á quien hemos dejado cautivo en Marruecos, por haber devuelto la salud al hijo predilecto del emperador.

Un día le fue preciso visitar á otro hijo de este, llamado Muley-Oussine, á quien balló sentado en una estera, en medio de sus caballos, teniendo en su derredor algunas personas de su comitiva. Este príncipe tenia veinte y seis años y una agradable presencia, aunque su trato era frio. Su padre le habia nombrado gobernador de Tafílete; pero Muley-Oussine, que supo hacerse muchos partidarios por su bondad y apreciables cualidades, se habia hecho proclamar emperador; su padre habia enviado un numeroso ejército contra él, y en consecuencia fue preso, despojado de su autoridad y conducido á Marruecos, en donde vivia muy retirado, despues de haberse mostrado espléndido en los dias de su grandeza. Este príncipe hizo sentar al doctor á su lado, y le dijo que amaba á los cristianos, y especialmente á los ingleses, y que solo aborrecia á los frailes, porque les consideraba obligados por su misma profesion, á engañar al pueblo.

Confesó además al doctor que era muy aficionado á los licores, y que todas las mañanas se bebia seis grandes vasos de un aguardiente tan fuerte como el alcohol; sobre esto consultó con Lemprieres, que le aconsejó que prefiriese el vino, cuyo uso le seria menos perjudicial; pero Muley-Oussine le replicó que su religion se lo prohibia espresamente. Pero, segun parece, hay transacciones con Mahoma, y todos los escrúpulos del príncipe desaparecieron cuando el doctor le prescribió el vino como medicamento. Este hecho dará una idea de las costumbres del país.

Al día siguiente Lemprieres fue llamado á casa de un hermano de Muley-Oussine, Muley-Slemma, que tambien se creia enfermo; tenia á la sazón treinta y ocho años, su aspecto era hermoso y su fisonomia muy expresiva. Habia hecho un viaje á Turquía á bordo de una fragata inglesa, y como apreciaba á los ingleses, que le habian tratado muy bien, acogió obsequiosamente al doctor.

Un mes despues de la partida de Muley-Absulem, Lemprieres recibió la orden de ir al palacio imperial; á esta noticia, todas sus esperanzas se reanimaron, y se creyó ya fuera de Marruecos. ¡Júzguese de su desencanto! Al llegar á palacio halló un esclavo que le mandó de parte del soberano, pasase inmediatamente á ver á una de las sultanas enferma, para que recetase lo conveniente á su restablecimiento, y fuese en seguida á dar cuenta del estado de su salud, á Sidi-Mohamet. Así, pues, este príncipe que tanta desconfianza le habia manifestado, mandaba que fuesen abiertas, á despecho de todas las preocupaciones orientales, las puertas de aquel harem imperial, donde jamás europeo alguno habia penetrado. En cualquiera otra ocasion, Lemprieres hubiera tenido por una felicidad el poder satisfacer su curiosidad; pero atormentado incesantemente por el deseo de regresar á su patria, no deseando emprender nuevas curas, pues no le habian de producir sino nuevas pruebas de ingratitude, y reflexionando si la no curacion de la sultana que con tanto ahinco le mandaba visitar el emperador, tendria consecuencias funestas para él, se abandonó á una profunda melancolia. Fuele, sin embargo, indispensable resignarse y obedecer.

El doctor pasó la primera puerta del harem, que estaba guardada por diez soldados negros, y luego llegó á

un cuerpo de guardia donde habia quince eunucos con su jefe, y mas allá del cual solo pueden llegar las personas empleadas en el servicio de las mujeres. El citado je e recibió del esclavo la orden imperial, y despues de haberla leído respetuosamente, mandó abrir otra puerta; Lemprieres seguido de su intérprete y escoltado por un eunuco, penetró sin mas ceremonia, en aquel asilo inviolable.

En el primer patio, las concubinas del emperador y unas negras estaban ocupadas en diferentes trabajos, unas cosiendo y otras preparando el alcuizuz. La inesperada presencia de un europeo produjo en ellas tal efecto, que la mayor parte echó á correr, y las que se asustaron menos se acercaron al eunuco, para preguntarle qué clase de hombre era el que llevaba. Al saber que el desconocido era un médico, todas repitieron con satisfaccion: «¡Un médico cristiano!» Las fugitivas, ya tranquilizadas, volvieron, y Lemprieres se vió rodeado á la vez por todas aquellas mujeres, de manera que no podia avanzar ni retroceder. La curiosidad de ver un rostro europeo se unia en ellas al deseo de que el doctor les tomara el pulso, y le acusaban de insensible é ignorante cuando, al ver que gozaban de buena salud, se negaba á escucharlas. Además, descubrian á Lemprieres aquellas partes del cuerpo que las ideas de pudor y decencia obligan á ocultar á las europeas, y su conversacion era tan libre como sus acciones. Este es el natural efecto de una educacion exclusivamente encaminada á despertar en ellas el deseo de agradar, y del ningun cuidado que aquellos á cuyos placeres están destinadas, ponen en inspirarles sentimientos elevados. Al conducirse como acabamos de decir, aquellas mujeres en manera alguna creian obrar mal; ¿tratábase acaso de alguna cosa que no creyesen permitida? Por lo demás, manifestaban toda la reserva y todo el recato posibles. Así es que una enferma no accedió á enseñar su lengua al médico, hasta despues de una hora de instancias, y acogió al principio á carcajadas una peticion que solo atribuia á la curiosidad, y cuyo objeto le parecia altamente ridículo.

No hubiera Lemprieres logrado fácilmente salir de este primer patio, si su eunuco no le hubiese arrebatado en cierto modo, de en medio de aquellas mujeres. Al fin, despues de atravesar otros dos patios, llegó al aposento de Alla-Zara (1), la sultana á quien iba á visitar.

Hallábase esta rodeada de doce negras ó esclavas, y recostada sobre unos almohadones forrados de una rica tela. Cerca de ella habia un cojín para el doctor, quien, á una señal de la enferma, fué á sentarse á su lado, viendo con no pequeño asombro que la sultana no estaba cubierta con el consabido velo. Esta mujer, que habia sido en otro tiempo estremadamente hermosa, hallábase á la sazón tan demacrada y débil, que no podia andar sola; su piel presentaba un color amarillo; sus dientes estaban terriblemente cariados, y sus facciones del todo desfiguradas; así, la misma que poco antes eclipsaba á todas sus rivales, por lo fresco y sonrosado de su tez, semejaba á una fantasma. Su edad era como de unos treinta años.

Su hermosura habia sido la causa de los males que á tan triste estado la redujeran, pues las rivales á quienes el emperador preferia, envidiosas de sus encantos, la habian envenenado con arsénico. Merced á su robusta constitucion, Alla-Zara, despues de una lucha de muchas horas contra la accion del veneno, habia triunfado de él; pero su estómago destruido nada podia digerir, lo cual la habia convertido en un verdadero esqueleto. Gradualmente habia llegado á esta situacion, despues de haber dado á luz, á pesar de su enfermedad, dos niños muy robustos, de los cuales el segundo estaba aun en la edad de la lactancia; por esta razon el emperador no se habia divorciado de ella, pues la ley musulmana prohibe el divorcio con las mujeres de quienes se tienen hijos; pero habia concluido por abandonarla, aunque á ruego suyo habia accedido á enviarle el médico de su hijo. Lemprieres no pudo dejar de interesarse por ella, pero le fue forzoso limitarse á consolarla. El aire de bondad y dulzura de Alla-Zara, su natural viveza que no habia perdido, y su festivo carácter hablaban grandemente en su favor.

No bien hubo salido Lemprieres de la habitacion de la antigua sultana, y andado diez pasos, cuando se vió detenido por una esclava enviada por la primera sultana, Alla-Batoom, para pedirle pasase á su aposento: al oír este ruego, el eunuco se mostró lleno de inquietud. ¿Corria algun peligro el doctor, no ateniéndose estrictamente á las órdenes imperiales? Esto le convenia reflexionar; pero impulsado por la curiosidad, olvidó la prudencia, y sin importarle un bledo las consecuencias, pasó á la estancia de la primera sultana.

Esta, rodeada de gran número de concubinas, atraídas por la curiosidad, estaba sentada en magníficos almohadones. Era una mujer de treinta y seis á cuarenta años, de ojos pequeños, de rostro sin expresion, y cuyas abultadas mejillas estaban recargadas de colorate; pero tenia esa gran belleza que tanto agrada á los orientales: la obesidad. Alla-Batoom hizo dar gracias por medio de su intérprete, al doctor por la complacencia con que se habia brindado á su deseo; alargó en seguida la mano para que le tomase el pulso, que indicaba una

(1) Alla es un título que se da á las sultanas, y significa señora.



VOLUNTARIO CATALAN MUERTO EN LA TOMA DEL CAMPAMENTO MARROQUI EL DIA 4 DE FEBRERO. (DEL NATURAL.)

cabal salud, y se quejó con tanta jovialidad de un reumatismo que decía padecer, que el doctor advirtió desde luego que aquel caso nada tenía que ver con la medicina. Habiéndole consultado asimismo muchas de aquellas mujeres, les prescribió la sobriedad, lo cual les hizo formar un concepto muy ventajoso de sus talentos.

Familiarizadas todas, poco despues, con el doctor, pusieron á examinar con gran atención, criticándolas de paso, las diferentes piezas de su vestido, y á hacerle innumerables preguntas, en que se revelaba la ignorancia mas completa de las costumbres y trajes de las demás naciones. La sultana mostraba un vivo placer en informarse de las modas europeas; y á fin de que el médico prolongase su visita, le hizo servir el té en una mesa cuyos piés tenían escasamente quince pulgadas de altura; las tazas eran proporcionadas á esta mesa liliputiense, y la que la sultana llenaba para el doctor, siempre que este la apuraba, no era mayor que una cáscara de nuez. Por lo demás, el té era tan esquisito, que aquel se sorbió unas cincuenta tazas, lo cual debió fatigar no poco el brazo de Alla-Batoom.

Despues de esta visita, tan agena á la ciencia médica, Lemprieres se dispuso á salir del harem, lugar enteramente consagrado, en su concepto, al tedio y á la es-

clavitud; pero no había contado con la curiosidad de otra sultana, Alla-Douyaw, entonces favorita, la que sabiendo que el doctor había visitado á Alla-Batoom, le envió á su vez una de sus esclavas para pedirle que pasase también á verla: ruego que el doctor, ya lanzado en la senda de las imprudencias, no se hizo repetir, pues le complacía el poder juzgar por sus propios ojos si la sultana á la sazón favorita, era digna de la preferencia que se le sus rivales obtenía.

Era realmente hermosa, puesto que Lemprieres, conmovido y turbado, y no pensando ya en el cerbero que estaba á su lado, prorumpió en una exclamación de sorpresa, y no pudo menos de espresarle la admiración que le causaba el hallar tantos atractivos en una africana. Esto era añadir una nueva imprudencia á las que ya había cometido aquel día. Pasar á ver la sultana favorita, radiante de salud y en la plenitud de todos los encantos juveniles, cuando solo se le había llamado oficialmente para que visitase á Alla-Zara; contemplar las facciones de la mujer á quien el emperador amaba con delirio, siendo así que los principes africanos se rodean de tantas precauciones para que el rostro de sus favoritas no sea descubierto por hombre alguno, era esponerse positivamente al castigo mas cruel, si semejante hecho

llegaba á noticia del emperador. Pero en presencia de una jóven de veinte y tantos años, que hubiera pasado por bella en todos los países del mundo, ¿deberemos acusar al grave doctor británico, por haberse conducido con toda la ligereza é imprevisión de un mozalvete?

No sin cierta inquietud, despues de haber pasado en el harem mucho mas tiempo del que razonablemente debió permanecer en él, se presentó Lemprieres al emperador, para darle cuenta del estado de Alla-Zara. Mucho debía temer de la cólera del monarca, si este llegaba á saber que había visitado á otras mujeres; pero afortunadamente para el imprudente doctor Sidi-Mohamet, nada sospechó ni de nada tuvo noticia. Despues de escuchar lo que Lemprieres le dijo acerca de la enfermedad de su antigua favorita, y del largo tratamiento á que debía someterse, el emperador, mal disimulando en desconfianza, se hizo traer algunas de las drogas prescritas para Alla-Zara, y obligó al doctor á que las gustase en su presencia, pues temía un nuevo envenenamiento.

Nuestro cautivo aprovechó esta entrevista con el emperador para pedirle el permiso de volver á Gibraltar, en cumplimiento de las órdenes de sus jefes; y le ofreció ocuparse entre tanto por espacio de quince dias del restablecimiento de la antigua favorita, y dejarle minuciosas instrucciones acerca del régimen que debía seguir. El emperador le ofreció acceder á su deseo, y en un momento de insólita generosidad, mandó á su ministro le hiciese entregar 10 rixdales, y le franquease las puertas del harem, siempre que quisiese entrar en él. El emperador añadió que el doctor recibiría un buen caballo para volverse á su país.

Lemprieres usó, y aun procura indicar que abusó de las facultades que en este punto le habían sido concedidas. Visitó, es cierto, á Alla-Zara; pero visitó también con mucha mas frecuencia á Alla-Douyaw, quien le dijo que era genovesa, y que habiéndose embarcado con su madre á los ocho años de edad, con rumbo á Sicilia, una tormenta había arrojado su buque á las costas berberiscas, donde habían naufragado; siendo entonces separada de su madre por orden del emperador, y encerrada en el harem, donde quiso hacerla instruir en la religion mahometana; pero resistiéndose ella á las exhortaciones de los talebs, el emperador apeló á la amenaza de que, si no se convertía, se le arrancarian de raíz los cabellos, lo cual bastó para vencer su resistencia. Ya jóven y hermosa, la italiana llegó á la dignidad de que en aquellos momentos estaba investida; y tanto por su belleza como por su talento, supo ocupar sin perderlo, el primer lugar en el corazón del monarca. Tal era la historia de la bella Alla-Douyaw, que tenía á la sazón veinte y cuatro años.

Recordaba apenas el idioma de su país, y hasta había olvidado la época en que había empezado su cautiverio. Manifestándole Lemprieres cierta pesadumbre por su cambio de creencias religiosas, le replicó con la mayor dulzura: «¿Qué importan nuestras creencias? ¿Acaso no somos todos hermanos y hermanas?» Leía y escribía el árabe con la mayor facilidad, lo que causaba la admiración de todas las mujeres del harem, quienes además aborrecían en ella una rival contra cuyos encantos é ingenio érales imposible luchar.

La hermosa favorita empezaba á verse atacada de escorbuto que le hacía temer mucho la pérdida de su ascendiente sobre el emperador: esta consideración la inducía á inspirar interés al doctor, y fácil es imaginar cuánta sería su alegría, cuando este le prometió curarla radicalmente en quince dias.

Los ojos peregrinos de Alla-Douyaw habían trastornado un poco la razón del doctor, en esta primera entrevista con ella; entrevista que, como las demás que le siguieron, quedó envuelta en tal secreto, que bien puede decirse que el esculapio británico fue mucho mas afortunado que prudente. La favorita había sobornado al eunuco que acompañaba al doctor, cuando este estaba á su lado, lo que hacía todos los dias durante horas enteras, todas sus mujeres estaban en acecho para advertirla en caso necesario. Así, pues, médico y enferma podían hablarse con la mayor seguridad; no obstante, cierta inquietud que se pintaba á veces en el semblante de la hermosa genovesa, revelaba el terror que le inspiraba la perspectiva de la suerte que le esperaba, si se la sorprendía á solas con el doctor, pues esta suerte hubiera sido nada menos que la pena capital para entrambos.

Este terrible desenlace podía ocasionarlo á cada instante la mera delación de un eunuco, ó de alguna de las rivales de la favorita.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

El emperador Carlos V tomó el hábito para imitar al diablo.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROSA.
EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.